

Supervivencia. Un relato americano.

Por Enrique Huertas.

Kenneth O'Donnell, recién llegado y sin ningún disimulo, recorría con la mirada las magníficas piernas de la secretaria personal del Presidente mientras le escuchaba decir:

—Muy buenos días, señor O'Donnell; el secretario MacNamara ha telefonado tres veces en cinco minutos. Quiere entrevistarse con el Presidente de inmediato. No me dice por qué pero asegura que se trata de un asunto de la mayor gravedad.

“La fotos” —pensó O'Donnell—, “...ya están aquí; y John no tiene hoy su mejor día”—. Kenneth Philip O'Donnell era asistente personal del Presidente desde que John Fitzgerald Kennedy ocupara el despacho oval en enero de 1961; además, en términos prácticos, llevaba funcionando desde el principio como Jefe del Gabinete de la Casa Blanca mientras este puesto continuaba —y así continuaría durante todo el mandato— vacante. A la vez, casi desde los inicios de la campaña del Presidente para el Senado en el 52, Kenneth sabía que para JFK él era ya un íntimo amigo.

Lo que Kenneth Philip O'Donnell no sabía en este momento, nadie podía saberlo ni en aquel edificio ni en ningún otro, era el tremendo desgaste que sus órganos vitales iban a experimentar en la quincena que se avecinaba. Sí sabía de la existencia de las fotografías y de las sospechas de Maxwell Taylor¹ y de los otros generales; lo sabía porque inquietudes de este calado, por allí circulando, no podían pasarle desapercibidas a un hombre como él, pero Kenneth, insomne ya treinta y seis horas, todavía confiaba en que se tratase sólo de eso: de meras sospechas.

En cambio Loretta Nitzche, tumbada casi a horcajadas sobre la camilla mientras Charles Pink le tatuaba el culo, no tenía remota idea ni siquiera de que

¹ General Maxwell Taylor (1901-1987). Jefe de Estado Mayor del ejército con Eisenhower y luego Jefe del Estado Mayor General entre 1962 y 1964. Héroe durante la II Guerra Mundial, es hombre de gran fidelidad a Kennedy pero defendería la línea dura durante la crisis de los misiles en Cuba.

tales fotografías pudiesen tomarse desde tan alto y a esa pasmosa velocidad. Para Loretta Nitzche el mecanismo obturador de una cámara doméstica guardaba en sí mismo los mismos secretos que un reactor nuclear. Loretta, muy probablemente, sería incapaz de señalarte con el dedo la isla de Cuba si le mostraras un mapa de América.

—¡Joder, eso ha dolido, Charlie!

—¿Qué quieres? Me has pedido una perfecta reproducción del modelo... Prácticamente estoy calcando tu fotografía. Yo estudié con Richard Estes, cariño, y me encuentro en mi elemento...

—Si yo supiese quien es *Richard Estes*... ¿no crees qué con este tipazo estaría ya de supervisora de día en lugar de pudrirme en la caja noche tras noche, encanto?

—Richard Estes es un artista amigo mío, muñeca. Un gran artista amigo mío que dará mucho que hablar en los próximos años, te lo garantizo. ¿Llevas mucho tiempo viviendo aquí, en Los Ángeles?

—Seis años. ¿Y tú?

—Charlie Pink es Los Ángeles, guapa, yo nací aquí y aquí moriré, jamás he ido a ningún otro lado más allá de la comarcal. Charlie Pink es puro Los Ángeles.

—Yo me vine con Billy desde Chicago... bah. Billy dijo que le habían ofrecido un empleo aquí en la Warner... luego que trabajaría para la Metro... desgraciado... seis años... todavía espera que lo llamen, echado sin ducharse en el sofá y bebiendo una cerveza tras otra...

—¿Y te tatúas el careto de un tipo así en el culo?

—Ése no es Billy, Charlie, ése es mi padre. ¿A qué es guapo? Pues la foto no le hace justicia... Billy le odia. Le tiene unos celos que no se aguanta. Mi padre y yo hablamos mucho por teléfono, vive en Oregón, hablamos constantemente, estamos muy unidos. Billy siempre andaba diciendo: “¿papaíto ha llamado hoy?” Y que si papaíto esto, y que si papaíto lo otro... Un día le dije: “mira Billy, tú y mi padre estáis los dos en mi corazón, cabéis perfectamente los dos, estáis ahí, arraigados con mucha fuerza, los dos; nunca me hagas elegir entre vosotros porque no debes hacer algo así y porque puedes perder”. Billy y yo lo

hacemos a lo perro. El tatuaje es para que no lo olvide. Una, cariño, ha de sobrevivir, ¿entiendes eso, Charlie?

O'Donnell, en Washington, telefoneaba a MacNamara con cierta parsimonia, mientras Walter Herrmann², en Nueva York, procuraba que su *cliente* no escapara esta vez. “¿Qué pasará con Lenny? Menuda mierda de gancho que es. He de tener con él unas palabras, desde luego”, pensaba Walter.

—Aaron: no lo pienses más. Este abrigo es propio de una actriz de Hollywood, de una diosa, y, de verdad te lo digo, no tengo toda la mañana...

—Walter, lo sé, pero es mucho dinero, tengo alguna otra alternativa, ¿sabes? Y, es bien posible, Nancy puede llegar a enterarse...

—¿Alternativas? ¿Dónde vas a encontrar un regalo de este calibre por sólo cuatro mil quinientos dólares? Estamos hablando de auténtica marta cibelina, Aaron, me los traen desde Europa, esto no es cualquier cosa, ¿de qué alternativa me hablas?

—¿Marta cibelina? ¿Quién garantiza eso? ¿Crees que Sarah va a saber distinguirlo?

—“Mierda de Lenny”—pensó Walter—. ¡¿Quién lo garantiza, preguntas?! “Joder, por fin, aquí llega” —pensó al ver de reajo como Lenny entraba en el local—. Mira, Aaron, en serio te lo digo, vamos a dejarlo, me esperan en la catorce... —añadió incorporándose de la silla.

—Señor Herrmann, señor Herrmann por fin le encuentro, debe usted venderme el abrigo, señor Herrmann, aquí traigo los dos mil seiscientos treinta dólares con cuarenta centavos, y más adelante...

—Lenny, dios, perdona un momento Aaron, Lenny, ¿qué haces tú aquí en Brooklyn? Lenny, hombre, ¿cómo has llegado...?

—He tomado el suburbano, señor Herrmann, he tomado el suburbano y he venido corriendo desde la octava, debe usted venderme ese abrigo, señor Herrmann, aquí tengo dos mil seiscientos y... debe usted vendérmelo, voy a

² Un homenaje a Philip Roth.

casarme, señor Herrmann, Claire es, es, es preciosa, usted lo sabe, señor Herrmann, con este abrigo...

—A ver, Lenny, por favor, relájate, hombre, mira, ya te lo expliqué, este abrigo se vende en las tiendas de París por no menos de catorce mil dólares y...

—Pero voy a casarme, señor Herrmann, y traigo aquí...

—Lenny, por dios, ¿sabe tu madre que estás aquí? ¿No crees que vas a meterte en un lío? Mira, coge esto —y le tiende un billete de veinte— toma un taxi y vuélvete a Queens, yo, te lo prometo, esta tarde acudiré allí para hablar contigo. El abrigo no puedo vendértelo, Lenny, quisiera incluso regalártelo pero de verdad no puedo. Tú descuida, esta tarde acudiré a tu casa y te aseguro que llevaré algo precioso para Claire, llevaré algo más hermoso que el abrigo, y podrás conservar tus ahorros para la boda, será un regalo, Lenny, un regalo que yo te haré en recuerdo de tu padre y de la amistad que nos unió. Ahora ve a la calle, toma el primer taxi que pase y vuelve a casa. Vete a casa antes de que tu madre repare en que no estás y se disguste, Lenny, venga, hazme caso, por la tarde te veo.

—Sí, señor Herrmann, he de volver a casa... y casarme. ¿Será precioso el regalo, señor Herrmann? ¿Más que el abrigo?

—¿He faltado alguna vez a mi palabra, Lenny? Será precioso, te lo garantizo —y le acompaña hasta la puerta.

—Perdona, Aaron, —dice Walter Herrmann ya de vuelta— ¡pobre muchacho! Cuarenta años y un cerebro de once. Conocí a su padre... en Auschwitz. Ben Berkowitz. Puede decirse que salvó mi vida. Ahora me ocupo de su viuda, y del muchacho, con lo que puedo.

—En... ¿Auschwitz?

—...Ben... Ben Berkowitz... el padre de Ben, el abuelo de Lenny, fue el más grande peletero de Berlín... Ben me enseñó todo lo que una persona puede llegar a aprender en este negocio. Ben, pobre Ben, literalmente, me cargó sobre sus espaldas en el Campo...

—No sabía yo, señor Herrmann, que usted fuera un superviviente del Holocausto...

—4561414.

—¿...tiene usted...?

—¿Nunca has visto uno de estos...?

Teatralmente, con gesto cien veces repetido y mil veces estudiado, Walter Herrmann, en Nueva York, se arremanga el brazo derecho y muestra su antebrazo justo cuando Charlie Pink, en Los Ángeles, ataca la oreja del papá de Loretta en el culo de Loretta.

—¡La ostia! Pues menuda sorpresita va a llevarse el bueno de Billy esta noche, porque lo estoy clavando, nena; es como si te hubieses pegado con cola industrial la foto de tu padre en tu estupendo culo. Te lo garantizo.

—Oye... Charlie... ¿es muy raro esto que te pido?

—¡Qué dices, encanto! Si tú supieras... hay cada uno por ahí... mira, hace algunos años, vino un tipo desde Nueva York para que le tatuase un numero azulado en el antebrazo, sí, como lo oyes, un número azulado; lo quería igual que esos que tatuaban los nazis a los judíos...

Por la noche Sarah se puso la mar de contenta con el abrigo que Aaron le regalaba mientras, en Washington, John Fitzgerald Kennedy miró muy detenidamente a su hermano Bobby, miró luego con intensidad a su amigo Kenneth y dijo:

—Escuchadme bien, desde este momento, y hasta que todo esto termine, sólo quiero que penséis en una maldita cosa vosotros dos: quiero que penséis únicamente en la supervivencia y también quiero que sólo, únicamente, me transmitáis esta idea de supervivencia con cada uno de vuestros consejos, con cada palabra, cada frase y con cada gesto. ¿Queda claro?

—Queda claro.

—Está claro —añadió Bobby.

—Pues vamos ahora a esa reunión con los generales y el resto de toda esa gente circumspecta —concluyó JFK.